

gar. Porque por la eficacia omnipotente de esta oración sublime, el perdón fué concedido al buen ladrón, al centurión, á los soldados que habían crucificado á Jesús, á la multitud que volvió del Calvario hiriéndose el pecho en señal de dolor, y á aquellos millares de judíos que se convirtieron después en la predicación de San Pedro, y formaron la primitiva Iglesia.

Y ¿por qué tan sólo aquellas pocas personas fueron las que se convirtieron y alcanzaron el perdón? ¿Sería porque Jesús no oró más que por ellas? No. La palabra genérica *illis*, á todos ellos, significa claramente que el Señor comprendió en su súplica á todos los que directa ó indirectamente habían cooperado á su pasión y muerte; que esta súplica fué como una amnistía general, un jubileo universal, un perdón que se extendía á todo el mundo, del que ninguno fué excluido ni exceptuado, y del que el mismo Judas hubiera podido aprovecharse si hubiera recurrido á la penitencia, arrojándose en los brazos de Jesucristo, y si la desesperación no le hubiera arrastrado al suicidio. Luego si una súplica hecha por todos no sirvió más que á un pequeño número, fué porque Jesucristo, al hacerla, no aseguró la impunidad á todos los pecadores, sino que imploró y obtuvo el perdón para todos los penitentes que quisiesen borrar sus crímenes con una fe viva y un arrepentimiento sincero. Pues bien, como la mayor parte de los judíos, ciegos voluntarios, insensibles y endurecidos contra el prodigio de tantas virtudes y contra la virtud de los numerosos prodigios que señalaron la muerte del Salvador, opusieron una resistencia infernal á su gracia, y se obstinaron en su atentado con una terquedad diabólica, no participaron por lo mismo del gran beneficio del perdón divino. Ved aquí, pues, la importante lección que nos ofrece este misterio; á saber, que aunque el perdón fué solicitado para todos sin excepción alguna, sin embargo no participan de él sino aquellos que se aplican su fruto por una sincera penitencia.

No nos forjemos ilusión: la mediación de Jesucristo, su intercesión y perdón, lejos de dispensarnos del arrepentimiento de nuestros pecados, nos imponen, por el contrario, una obligación rigurosa de participar del sacramento de la penitencia, en el que se nos aplica el mérito infinito de la oración de Jesucristo. Con esta sola condición podremos disfrutar de las ventajas que nos ha proporcionado esta oración sublime. Con esta condición podremos pedir á la justicia divina, sin temor de ser rechazados, y con la confianza de ser oídos, y de que salde nuestras cuentas y borre nuestras deudas. Con esta condición, en fin, podemos gloriarnos santamente de tener en

Jesucristo, nuestro Redentor, un abogado tan justo como poderoso, que nos hará propicio á su Eterno Padre, á pesar de los pecados que hemos cometido, y que nos alcanzará el perdón, la gracia y la salvación eterna, supuesto que puede obtener todo esto, aun para el mundo entero. Así sea.

## EL ABANDONO, LA SED Y LA CONSUMACIÓN

*Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos.*

Habiendo amado Jesús á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

(JOAN. XIII, 1.)

Quando el Hijo de Dios, yendo por la última vez á Jerusalén, anunció á sus apóstoles la muerte que esperaba en esta ciudad decidida, no designó de una manera clara quién había de ser el que le diese muerte, sino que se limitó á decir: El Hijo del hombre será entregado, para ser crucificado. ¿Y por qué obró así el Redentor? Porque ni era una persona sola, ni un solo motivo lo que debía conducirle á la cruz.

En efecto, visiblemente y en el tribunal de los hombres, Jesús fué entregado á la muerte por Judas, el discípulo que le hizo traición; lo fué igualmente por el odio de los fariseos; lo fué por el furor de toda la nación y de los sacerdotes sus jefes; lo fué finalmente por la debilidad, por la injusta y cobarde política de Pilatos. Pero invisiblemente y ante el tribunal de Dios fué entregado por el grito de todos los pecados del mundo y por la justicia inexorable del Padre celestial, que no perdonó ni aun su propio Hijo desde que le vió cubierto con el manto de pecador; y principalmente, ¡oh tierno y delicioso misterio! él fué como impulsado y arrastrado á la muerte por su amor, por su caridad infinita, que le obligó á inmolarse por nosotros.

Y precisamente para hacer ver que su bondad para con nosotros fué el principal móvil de su sacrificio, y que fué inmolado por las manos de la caridad, en la víspera de su muerte hizo brillar de una manera más viva, más tierna y más generosa el amor que nos había manifestado durante su vida. Ya hemos visto, en efecto, que extendido sobre la cruz, como en un lecho de ignominia y de dolor, cubierto de oprobios, saciado de amarguras y abrumado de tristeza, olvidado de sí mismo, no piensa más que en nosotros. En las tres primeras palabras que pronunció desde la cruz, alcanzó el perdón para los pecadores, abrió el Paraíso á los justos, y legó á los fieles por madre á su propia Madre. Este amor iba creciendo cada vez más á medida que se acercaba la hora del último sacrificio, y en las palabras que pronunció después, en las que se quejaba de su abandono, declaró que sentía una sed abrasadora, y anunció la consumación del gran misterio, dejándonos prendas todavía más preciosas, y pruebas todavía más tiernas y más patéticas de su caridad. Esto es lo que debemos considerar en el día de hoy en la explicación de estas inefables palabras, á fin de que formemos de una vez la firme resolución de darnos enteramente á aquel que se dió todo á nosotros y que se sacrificó por nosotros. *Ave María.*

Después de haber dirigido la palabra Jesús á su Madre, elevando al cielo su rostro sagrado, sus ojos bañados en lágrimas, y más aún su corazón, habla á su Padre, y con una voz fuerte y sonora le dice: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Y ¡qué! ¿el Hijo Eterno de Dios, consubstancial á él, se halla abandonado por su mismo Padre en este terrible momento? No; guardémosnos de engañarnos en la inteligencia de estas palabras. Aunque en Jesucristo hay dos naturalezas, no hay, sin embargo, más que una persona, la persona divina del Verbo, y ésta no abandonó ni pudo abandonar la naturaleza humana á la que estaba íntima y substancialmente unida. Pues bien, así como el Padre está en el Verbo y el Verbo en el Padre, así como la naturaleza humana de Jesucristo no se separó jamás de la persona del Verbo, así tampoco la persona del Verbo fué abandonada jamás por la del Padre, porque el Verbo no podía separarse del Padre. ¿Cuál es, pues, ese abandono de que se queja el Salvador moribundo, y cuál es ese misterio en el que Jesús nos prepara la última prueba de su amor?

Recordemos, en primer lugar, que estas palabras son las primeras del salmo veintifuno. Pues bien; al decirnos el Evangelista que el Señor pronunció en alta voz este primer versículo, quiso hacernos conocer que recitó el salmo entero desde la cruz.

David, en este salmo, profetizó y describió con la exactitud de un evangelista la historia entera de la Pasión, de la Muerte y Resurrección del Mesías. El anunció que el Salvador tendría las manos y los pies taladrados, y que sus vestidos serían repartidos entre sus verdugos, y su túnica inconsutil echada á la suerte. El anunció con las mismas palabras los cargos que los príncipes de los sacerdotes habían de hacerle porque ponía su confianza en el Señor, y la provocación sacrilega hecha á Dios para que le librase de la cruz, como una prueba de que era su Hijo. El vió en espíritu y consignó la particularidad de que todos los que viesan la cruz desde lejos le insultarían y moverían la cabeza en señal de desprecio. Todas estas circunstancias se cumplieron á la letra mientras que Jesús estaba en el altar de su sacrificio. Por consiguiente, al recitar el Salvador este salmo, que lo sabían de memoria los judíos y los sacerdotes que asistían á este espectáculo, y en el que sabían estaban anunciados los sufrimientos y las glorias del Mesías, les obligó á recordar, á pesar suyo, una profecía tan importante, ofreciéndoles así un nuevo medio de conversión y de salvación.

¿Y qué cosa más á propósito, en efecto, para cubrirlos de confusión, para convencerlos, para ablandarlos y moverlos á penitencia? Lanza ante todo una vehemente exclamación; después, recita el salmo en que está anunciada la historia de lo que sucede en el Calvario en aquel momento, y guardando en seguida un silencio profundo, les da tiempo y ocasión para reflexionar sobre el mismo salmo, para confrontar la profecía con los hechos, y observar la exactitud con que este gran oráculo se cumple entonces á su vista y por su ministerio. De este modo, con un artificio de amor divino, les llama á que reconozcan en el Crucificado, á quien insultan, el Mesías anunciado tantos siglos antes; los instruye sin amenazarlos, los convence sin reconvenirlos, y les hace conocer la enormidad de su crimen sin castigarlos. ¡Oh nuevo rasgo de misericordia, de bondad y de amor! El Redentor no cesa hasta el último instante de apiarse de los judíos sus verdugos, de excitarlos al arrepentimiento y ofrecerles el perdón.

Al llamar Jesús á los judíos á la verdadera fe con esta estratagemática de amor, confirma á los cristianos en esta misma creencia. En efecto; al recitar este salmo en unas circunstancias tan solemnes, nos manifiesta claramente que este salmo se refiere á él; que es una profecía de los padecimientos que sufría entonces en la cruz, y de los misterios que cumplía en ella, y, por consiguiente, borrar el escándalo de sus dolores y de sus ignominias; convierte las circuns-

tancias más humillantes para su persona y más contrarias á su dignidad en otros tantos testimonios que atestiguan la verdad de su título de Mesías y de Redentor, y la de la religión cuyos fundamentos echaba entonces; y con este deseo de instruirnos y confirmarnos en la fe, nos da hasta el fin pruebas cada vez mayores de su ardiente caridad.

El Redentor, agonizando, nos ha revelado en estas palabras un sublime y patético misterio. Es muy cierto que interiormente y con relación á la naturaleza divina, que hace que el Padre y el Verbo sean una misma cosa, el Padre no dejó ni pudo dejar á su divino Hijo; mas exteriormente y respecto á la naturaleza humana que el Verbo había tomado de nosotros, parecia, observa San Bernardo, que el Padre Eterno le había dejado, supuesto que le puso en poder de sus enemigos, le entregó al furor de los hombres y de los demonios, á todos los oprobios, á todos los ultrajes, á todos los tormentos y á todos los horrores del suplicio de la cruz. Esta indiferencia aparente, esta negligencia en impedir con su omnipotencia y vengar con su justicia los bárbaros tormentos que hacían sufrir á su Hijo adorable, fué un verdadero abandono exterior y visible, y á este abandono aludía el Salvador.

Sin embargo, según San León, al decir Jesucristo á su Padre: «¿Por qué me has abandonado?» no trata de quejarse, sino de invitarnos á reflexionar sobre el motivo de este abandono en las manos de los verdugos feroces y crueles; con estas palabras quiere decirnos: «Considerad atentamente la razón por qué me veo abandonado así de mi Padre. Esto consiste en que llevo la librea de vuestros pecados, y en que soy vuestro verdadero Salvador. Este abandono no es efecto de mi miseria, sino de mi ternura, y lo sufro, no porque estoy privado del auxilio divino, sino porque me he ofrecido espontáneamente á morir sin auxilios por vuestro amor.

En efecto; el Padre deja exteriormente á su Hijo en este triste abandono, porque Jesucristo fué clavado en la cruz en lugar nuestro, porque se cargó con nuestros pecados y contrajo la obligación de expiarlos, y porque, en fin, representa al viejo Adán, al hombre viejo á quien debe destruir. La humanidad entera había sido abandonada por Dios á causa de su pecado; mas el Hijo de Dios se constituyó nuestro abogado, y en esta queja no hizo otra cosa que deplorar la desgracia de aquellos cuya culpa se encargó de expiar, probando de este modo cuánta razón tienen en llorar los que pecan, supuesto que el que jamás había cometido falta alguna no pudo dejar de gemir. Por esta razón, añade San Agustín, el grito desga-

rrador que lanzó el Salvador no es tanto una queja dirigida á su Padre, cuanto una instrucción preciosa é importante dirigida á nosotros.

¡Cosa admirable! Jesucristo es el verdadero Hijo de Dios, consubstancial y coeterno con él, puro, inocente, sin la sombra siquiera de pecado, colmado de todas las riquezas de la santidad y de la gracia, y, por consiguiente, objeto único de las complacencias eternas de Dios; el hijo más perfecto del más perfecto de todos los padres. Sin embargo, porque se halla revestido, no por necesidad, sino por amor, del vestido exterior del pecado, de la semejanza sola de pecador, este Padre, tan bueno, no perdona á su Hijo muy amado: Pero si este es el tratamiento que el Hijo se ve obligado á sufrir, ¿qué será de los siervos? Si éste, que sólo tiene la forma exterior de pecador, es castigado con tanto rigor, ¿con cuánto lo seremos nosotros, hombres de pecado, que tenemos toda la malicia, todo el desorden voluntario y toda la corrupción del pecado?

Comprendedlo bien, cristianos, vosotros los que os abandonáis á los vicios y á las pasiones, y que acumuláis faltas sobre faltas con tanta tranquilidad y tanto descaro, vosotros sois un objeto de horror para Dios. El pecado de que, no sólo estáis vestidos, sino penetrados hasta los huesos, os hace odiosos á los ojos de Dios. Desde el momento en que os ve y reconoce pecadores, no descubre en vosotros su obra; sólo ve en vosotros unos vasos de cólera, dignos de ser arrojados al fuego. En tanto que permanecéis en ese estado, no acepta vuestras alabanzas ni vuestros sacrificios; y así no tenéis derecho alguno á su misericordia, á su protección ni á su amor; vosotros no tenéis derecho más que á su indignación y á sus venganzas; él no puede inclinar los ojos hacia vosotros sino para castigaros. Mirad al Hijo de Dios entregado al furor de las pasiones humanas, solo, desnudo, sin que nadie se encargue de su defensa, ni le consuele en sus penas; abandonado de la tierra, parece que lo está también del cielo; despreciado de los hombres, parece que está abandonado de Dios de tal manera, que no puede detener la queja en sus labios. Pues bien; Jesucristo es, en este estado, la imagen viviente del pecador obstinado que incurre en el abandono de Dios y en la privación de todo consuelo por parte de los hombres.

Considerad que, en rigor de justicia, el pecador debería permanecer siempre bajo el peso de este abandono, especialmente si después de haber obtenido la reconciliación que el Redentor le había merecido por su oración, ha vuelto á caer en el pecado, y, sobre todo, si de esta misma facilidad de obtener el perdón, ha hecho un

motivo de nuevos desórdenes y de penitencia, correspondiendo así a un exceso de bondad con un exceso de ingratitud. Si, esos pecadores ingratos deberían permanecer para siempre en el estado que han elegido; deberían ser abandonados para siempre á sus propias pasiones y á las venganzas de Dios; y, sin embargo, mientras estamos en el mundo, no aparta Dios su vista de nosotros inexorablemente para castigarnos por nuestra insensibilidad. Aun cuando al cometer el pecado abandonemos realmente á Dios, este Dios tan bueno, en consideración al abandono de su Hijo, no nos abandona jamás definitivamente por muchas que sean nuestras reincidencias. El camino para volver no se cierra jamás; la tabla de la penitencia está siempre de nuestra parte; la gracia de la conversión no se nos niega jamás; el seno de Dios está siempre abierto para recibirnos, y su mano siempre levantada para absolvernos.

El Salvador no se contentó con obtener de Dios que no nos abandonó; él quiso también prepararnos los medios para que no nos olvidemos de Dios ni de nosotros mismos. Esto fué lo que hizo cuando pronunció esta consoladora palabra: «Tengo sed.» Palabra que trato de explicaros.

Después de habernos Jesús asegurado el perdón, después de habernos prometido el cielo, de habernos dejado por madre á su propia Madre, y de habernos alcanzado la gracia que nos salvó del abandono de Dios, parecía que nada le quedaba que decir ni hacer por nosotros antes de consumir su sacrificio. San Juan observa que después de haber dicho el Señor las cuatro primeras palabras, vió que todas las profecías relativas á su vida y á su muerte se habían cumplido. Pero quedaba todavía una circunstancia anunciada por David; á saber, que habían de dar al Mesías vinagre para aplacar su sed.

Es verdad que al llegar el Redentor al Calvario, le prepararon los judíos, como un confortativo, un vino corrompido y emponzoñado. Mas esta bebida, que le había sido ofrecida espontáneamente por los judíos, no cumplía la profecía cuyas palabras dicen claramente que el Mesías experimentaría la sed; que manifestaría esta necesidad, y que en consecuencia de esta manifestación le darían á beber vinagre. Por lo tanto, para cumplir esta profecía en sus más pequeñas circunstancias, Jesús moribundo lanzó desde la cruz este grito: «Tengo sed.»

Esta relexión del santo Evangelista es admirable. Ella nos manifiesta que Jesús crucificado, olvidado del presente, sólo se ocupa en la profecía hecha en el pasado y en los misterios que tienen por objeto la salvación de todos los hombres, y con una gran serenidad de

espíritu hace comparecer ante sí á todos los siglos, recorre la Escritura, lee en ella todo cuanto tiene relación con su sacrificio, y procura cumplir todo cuanto en ella está figurado y anunciado. Esta relexión nos revela que en medio de los gritos prolongados de sus enemigos, en medio de los dolores y de los oprobios que le abrumaban, siempre presente á sí mismo, todo lo ve, todo lo ordena y todo lo dispone á fin de consumir el gran sacrificio que, ofrecido una sola vez, conserva sin embargo toda su eficacia para santificar y salvar al mundo.

Habían preparado al pie de la cruz, según el uso, ó más bien por una disposición divina, un vaso lleno de vinagre. Al oír á Jesús quejarse de la sed que padece, uno de los verdugos toma una esponja, la sumerge en el vaso, y cuando se llena de vinagre la coloca en el extremo de una caña y la aproxima á la boca del Salvador. Jesús aspiró con sus labios secos el licor amargo que le presentaron, y así se cumplió la profecía.

Jesucristo tenía sed, sed positiva y ardiente; pero era al mismo tiempo, dice San Cipriano, el símbolo de la sed, todavía más verdadera y más ardiente que devoraba su corazón, es decir, la de su amor infinito, la del deseo que le abrasa por la salvación de los hombres.

¡Qué contraste sublime y abyecto, tierno y horrible al mismo tiempo entre el odio y el amor, la ferocidad y la compasión, la barbarie y la bondad! Los judíos dicen á Jesús con una cruel ironía: «Desciende de la cruz;» y le provocan de ese modo á que interrumpa su sacrificio. Mas el Salvador responde á su provocación sacrilega con una sola palabra: «Tengo sed;» manifestando de este modo un deseo ardiente de consumir su sacrificio por la salvación de ellos mismos. Cuanto más indignos se muestran los judíos con sus gritos insultantes de ser redimidos por él, tanto más persevera Jesucristo repitiendo estas palabras de amor: *Tengo sed*, en la sincera y piadosa resolución de salvarlos.

¿Quién creerá, sin embargo, que esto mismo está sucediendo diariamente entre los cristianos? Jesucristo sentado en el trono de su gloria, rodeado del esplendor de los santos, y en el gozo de una felicidad infinita, no sólo como Dios, sino también como hombre, no está sujeto á las privaciones ni á los dolores; pero si en su humanidad no puede ya sufrir la sed, sin embargo, su corazón divino está todavía devorado por la sed ardiente de nuestra salvación, como si faltase alguna cosa á su felicidad, mientras no la compartan con nosotros; como si no reinara ya como Dios, y no se encontrase en compañía de los hombres redimidos con su sangre.

He aquí por qué te dice á ti, desventurado hereje: *Tengo sed*, es decir, yo deseo y mando que profeses una fe humilde, sencilla, perfecta, clara, precisa, firme y acompañada con las obras; una fe cuyo fundamento sea la revelación, su intérprete la Iglesia y su término la santidad; una fe, en fin, como la que se encuentra sólo en la Iglesia Católica. ¿Y de cuántas maneras inefables no te manifiesta este ardiente deseo de que abandones el sendero del error y que entres en el camino de la verdad? *Tengo sed*, te dice por esas luces que hace brillar en tu espíritu, y que en ciertos momentos te hacen ver la verdad católica en toda su pureza y en toda su claridad. *Tengo sed*, te repite por esos deseos frecuentes que excita en tu corazón de volver cuanto antes á la verdadera Iglesia y pertenecer á la gran familia de Jesucristo. *Tengo sed*, te dice finalmente por los ejemplos de tantos correligionarios tuyos como se convierten todos los días en tu patria, y en tu propia familia, y que el amoroso Jesús pone ante tus ojos á fin de darte el valor suficiente para romper la barrera de los respetos humanos. Además, el disgusto que tus mismas opiniones te inspiran y las dudas que atormentan tu inteligencia, son otras tantas voces amorosas con las que él te habla, te llama y te hace conocer su deseo ardiente, su inmenso deseo de que vengas á buscar tu salvación al seno del Catolicismo.

*Tengo sed*, te dice, mal católico, el Dios Salvador; es decir: Yo deseo ardientemente que pongas tu vida en armonía con tu creencia, y que todo cuanto haces sea santo y justo, así como todo lo que crees es verdadero. Yo deseo que después de haber roto las cadenas del pecado, derramando lágrimas sobre tu vida criminal, vengas á implorar á mis pies el perdón que debe reconciliarte y salvarte. Oh, almas queridas, criadas á mi imagen, fortalecidas con mis llagas, purificadas con mi sangre, y vivificadas por mi muerte; almas queridas, regeneradas en mi bautismo, educadas en mi escuela, hijas de mi Iglesia, colmadas de mis gracias, herederas de mi gloria, objeto de mi misericordia y de mi amor, ¿por qué os obstináis en perecer? Yo tengo sed de vuestra salvación. ¡Oh! ¡si supieseis cuánto siente mi corazón perderos! Tales son las advertencias que Jesús nos hace incesantemente por las luces del espíritu, las inspiraciones del corazón, los remordimientos de la conciencia, los temores, los disgustos y las amarguras que derrama sobre nuestra culpable felicidad.

Pero vosotros, pecadores, ¿qué le ofrecéis para que apague su sed ardiente de misericordia y de caridad? Alguna oración pronunciada distraidamente, algún acto de religión practicado por hipocresía, alguna limosna hecha por vanidad, tal vez una misa oída cada se-

mana por costumbre, una confesión anual hecha sin dolor, una comunión pascual recibida por respetos humanos, el perdón de las ofensas concedido por interés, la continencia del cuerpo acompañada del desarreglo criminal de la imaginación y de la corrupción del corazón. Pues bien; esto no es otra cosa que falsas virtudes y verdaderos vicios; esto no es más que un poco de bien aparente con mucho mal positivo y real; esto no es más que una mezcla de virtudes y costumbres cristianas con las preocupaciones del siglo y las obras del mundo; en una palabra, no es más que el nombre de católico ocultando una vida corrompida; obrar así con Jesucristo, es darle á beber, no sólo vinagre, sino vino mezclado con hiel; y con este horrible licor, que al mismo tiempo que provoca el enojo de Jesucristo os pierde á vosotros mismos, es con el que os lisonjeáis aplacar la sed que él tiene de vuestra salvación eterna, y con que creéis ser cristianos y salvaros.

¡Ah! no seamos tan ingratos á su amor, ni tan ciegos acerca de nuestro peligro. Cesemos de renovar así el crimen de los judíos, si no queremos ser envueltos en el mismo castigo. Ofrezcamos al Señor el vino escogido que regocija á Dios y á los hombres; es decir, una fe pura y una vida cristiana, á fin de que en el día de nuestro juicio particular merezcamos oír de la boca de Jesucristo estas palabras de amor: «Venid, benditos de mi padre; venid, almas queridas. Yo tuve sed de vuestra santificación y de vuestra salvación, y vosotros os apresurasteis á aplacarla observando mis leyes, llorando vuestras culpas, y aprovechándoos de mi sangre y de mi redención.»

Al beber Jesús el vinagre que los judíos, por un refinamiento de crueldad, le ofrecieron para aplacar su sed, cumplió la última profecía. Así pues, cuando después de recorrer en su tranquila imaginación los cuarenta siglos que separaban el día en que Adán murió espiritualmente sobre el árbol prohibido de aquel en que muere el mismo sobre el árbol de la cruz, conoce que nada faltaba ya á la grande obra que vino á realizar en el mundo, da á su corazón amante un testimonio solemne capaz de consolar el nuestro, diciendo en alta voz: «Todo está consumado: *Cum ergo accepisset Jesus acetum, dixit: Consummatum est.*» (Joan.) Es de notar que el Salvador no habla de la consumación de ninguna cosa particular, sino que dice en un sentido general y absoluto: «Todo está consumado», para indicar que todo se cumplió en él y por él. ¡Oh palabras inefables, cuántos misterios recuerdan! ¡Oh oráculo profundo, cuántas verdades encierra! ¡Oh grave sentencia, cuántos errores previene! ¡Oh declaración preciosa, cuántos consuelos prepara! ¡Oh lección sublime, cuántas virtudes recomienda!

¡TODO ESTÁ CONSUMADO! El Hijo de Dios quiso decir á su Eterno Padre: el cáliz de vuestra cólera se ha derramado sobre mí hasta la última gota; ya nada tengo que hacer; mi obediencia termina con mi vida; mi carrera de dolores ha llegado á su fin; la medida de mis sufrimientos y de mi ignominia está colmada; mi ministerio está cumplido; mi misión está concluida.

¡TODO ESTÁ CONSUMADO! Lo que está escrito con relación al Mesías en el libro de los eternos decretos, lo que fue figurado en los patriarcas, anunciado por los profetas, representado en los sacrificios, prometido por Dios y esperado por el universo, todo está ya consumado. La esperanza de la tierra está ya satisfecha, los votos del cielo han sido oídos, el universo está rescatado, el demonio vencido, la sabiduría humana confundida, la concupiscencia refrenada, la idolatría abatida, la ley antigua abrogada, el velo de la Escritura desgarrado, el Evangelio descubierto, Dios conocido, el hombre salvado, la Iglesia fundada, el verdadero sacerdocio establecido, la nueva alianza sellada, y la ley del antiguo temor, propia solamente para formar esclavos, ha sido sustituida por la ley de adopción de los hijos de Dios.

¡TODO ESTÁ CONSUMADO! No quedan ya más misterios que descubrir, más verdades que revelar, más leyes que imponer, más auxilios que preparar, ni más bienes que prometer, y que la razón no tiene ya nada que investigar, ni la filosofía cosa alguna que inventar para el culto de Dios, para la salvación del hombre y para la perfección de la sociedad. ¡Todo está consumado! Es decir, ya no es tiempo de raciocinar, sino de creer; no es tiempo ya de discutir, sino de obrar. Ninguna otra doctrina, ninguna otra ley, ninguna otra religión es ya posible. La humanidad no encontrará jamás una cosa más perfecta que la religión del Calvario, la doctrina de Jesucristo y el código del Evangelio. El verdadero progreso consiste en el perfecto desarrollo, en la aplicación sincera y en la práctica fiel de esta religión, de esta ley y de esta doctrina.

¡TODO ESTÁ CONSUMADO! Oh hijos de los hombres, vosotros nada tenéis ya que temer; vuestras deudas están satisfechas, vuestro rescate está pagado; se ha satisfecho por vosotros á la justicia de Dios; la sentencia de condenación está anulada, la reconciliación está estipulada, el perdón está prometido, la participación de la gracia está asegurada, la bendición divina pedida para vosotros se ha obtenido, vuestra resurrección está decretada.

Lo que Jesucristo solo podía hacer por nosotros, está ya concluido; pero lo que depende de nosotros, no ha comenzado aún. Nosotros hemos invertido nuestros mejores años en proporcionarnos una posi-

ción brillante en el mundo; hemos abusado de nuestra salud y de nuestra vida para perdernos; y así no hemos hecho nada aún por nuestra salvación. Nosotros no hemos pensado jamás en ella de un modo serio; lejos de ocuparnos en este gran negocio, hemos difendido de año en año nuestra conversión, hemos vivido y vivimos todavía como si nuestra existencia no debiera acabar, como si el tiempo estuviera en nuestra mano, como si la eternidad no debiera comenzar jamás.

¡Ay! apresurémonos desde ahora á hacer lo que quisiéramos haber hecho á la hora de la muerte. Formemos la resolución de utilizar para nuestra salvación los días de penitencia, gracia y perdón que nos concede la divina misericordia. Principiemos por una conversión pronta y sincera, de tal modo, que en nuestra última hora no falte más que consumir y completar una obra comenzada mucho tiempo antes. Hagamos por nosotros mismos lo que Jesucristo hizo por nosotros, á fin de poder, llenos de la confianza de los justos, repetir con él en aquel terrible momento: La obra de mi salvación está consumada. Así sea.

## LA MUERTE DE JESUCRISTO

*Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum eius.*

La muerte de los elegidos es preciosa delante del Señor.

(PSALM. CXV, 15.)

No sólo la vida de los elegidos es admirable ante la presencia de Dios, sino que su muerte es igualmente dulce y preciosa á sus ojos.

Sin embargo, los santos, dice San León, han recibido á su muerte la recompensa y la corona de sus obras; pero no han podido merecerla á los demás. Su fin ha sido para sus semejantes un ejemplo de paciencia, por el valor con que lo han sufrido; pero no han podido

hacerse para otros una fuente de méritos y de virtudes. Y si á pesar de esto la muerte de los santos es preciosa á los ojos del Señor, ¿qué será de Jesucristo, que solo entre todos los hijos de los hombres ha dado su vida por los demás y no por sí mismo; que se ha inmolado en cualidad de Señor y de Salvador; que ha representado en sí todos los hombres, los ha ofrecido todos á su Eterno Padre, los ha asociado todos á su sacrificio como una sola hostia, ha comunicado todo el mérito de su crucifixión, de su muerte y de su resurrección, y ha santificado de este modo la vida de los verdaderos cristianos, y hecho su muerte preciosa?

Hoy, pues, que vamos á celebrar de nuevo la memoria siempre tierna y dolorosa de la muerte del Dios Salvador, no separemos estas ideas para honrarla con los sentimientos que ella exige de nuestra fe y piedad; y veremos cómo, por las circunstancias que la acompañaron y por los efectos que produjo, ha sido á un tiempo mismo preciosa para él y para nosotros, pues que ha comunicado un inmenso valor á nuestra muerte.

Oh cruz santa, símbolo de flaqueza, de crimen, de dolor, de oprobio y de muerte; pero que el Salvador ha convertido en vara maravillosa, en mérito de santidad, en fuente de gozo, en trono de gloria y en remedio de resurrección y de vida! Prosternados delante de ti, te adoramos con humildad, te alabamos con entusiasmo y te invocamos con confianza, como el fundamento de nuestra fe, el sostén de nuestra esperanza y el motivo poderoso de nuestro amor para con Dios: *O cruz, ave, spes unica!* Haz que, por el mérito infinito de la muerte preciosa que el Redentor del mundo sufrió en tus brazos, la muerte de los hombres á quienes vino á redimir sea igualmente preciosa á sus ojos. *Ave María.*

Lo que causó uno de los mayores escándalos de la muerte del Salvador, fué que tuvo lugar en medio de las burlas é insultos, de las maldiciones y blasfemias de todo un pueblo, y que, lejos de haber sido mirada como un sacrificio voluntario, apareció como el suplicio ignominioso de un criminal. Pero, ¿cómo pudo ser consumado con unas circunstancias tan infamantes el gran holocausto de los siglos, ofrecido á Dios por su mismo Hijo para su gloria y para la salvación del género humano; el acto más sublime de adoración, el homenaje más perfecto de religión que ha recibido Dios jamás; la ofrenda más magnífica, más sublime y más santa que la tierra ha hecho jamás al cielo; la grande obra, la obra divina por excelencia, el exceso de la divina misericordia y de la caridad infinita? ¿Cómo

Jesucristo, provocado por la audacia infernal de los judíos á descender de la cruz para probar su divinidad, pudo sufrir este insulto sacrilego sin manifestar alguna señal de su grandeza, de su majestad y poder?...

¡Pero, insensato! ¿qué es lo que estoy diciendo? Si la cruz hubiera estado rodeada de un pueblo fiel, religioso y reconocido; si todos hubieran asistido al gran sacrificio del verdadero Melquisedec con las señales de un profundo recogimiento; si el sacrificio de Jesucristo hubiera estado acompañado de preces públicas, de humildes y sinceras acciones de gracias, de lágrimas de arrepentimiento y de amor, de testimonios de religiosa compasión, ¡cuán infortunados seríamos entonces! Este sacrificio no se hubiera ofrecido por nosotros. Nosotros éramos injustos, éramos pecadores, y, por consiguiente, dignos de una confusión pública, universal y eterna; habíamos merecido en verdad ser burlados, insultados y escarnecidos por todas las criaturas y á presencia de todo el mundo. Mas como el sacrificio consumado en el Calvario era el nuestro, como era ofrecido en nuestro nombre, en nuestro lugar y en nuestro provecho, era necesario que la víctima sufriese nuestra confusión y desprecio. Una muerte que era sufrida por los pecadores, debía reunir un oprobio excesivo á un inmenso dolor. A las heridas hechas por los clavos debían juntarse las causadas por los dardos, más acerados aún, de las lenguas. Al dolor de las contusiones debían juntarse las reconvenções más acerbas, la ironía más amarga, los insultos más atroces y los ultrajes más indignos. Era necesario que la víctima apareciese bajo la forma de un criminal, que se viese rodeada de los anatemas y de los desprecios del universo. No era suficiente que el Hijo de Dios ofreciese en sacrificio su cuerpo desgarrado por los tormentos, era necesario también que sacrificase la dignidad de su persona y el honor de su nombre.

Pues bien; esto es lo que sucede en el Gólgota. Por consiguiente, las profundas ignominias que rodean la cruz, lejos de escandalizarnos, nos edifican, nos mueven y nos excitan á contrición. Porque nosotros comprendemos claramente que este sacrificio nos pertenece, que es ofrecido por nosotros; que Jesucristo, que sufre y muere como nosotros deberíamos sufrir y morir, sufre y muere para expiar nuestros pecados, y, por lo tanto, es verdaderamente nuestro Salvador. De aquí resulta que el oprobio mismo que sufre es una prueba del ministerio que ejerce. Y de este modo, la muerte del Santo de los santos, que es un escándalo para los profanos, es edificante para los fieles y preciosa á los ojos de Dios: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

¡Cuán ciegos, pues, y cuán insensatos son los judíos que blasfeman diciendo: «El ha salvado á otros, y no puede salvarse á sí mismo! Si él confía en Dios, como en su propio Padre, ¿por qué Dios no se apresura á librarle? Si él es Hijo de Dios y el Mesías, que descienda de la cruz, y creéremos en él.»

Si Jesucristo hubiera descendido de la cruz, esto hubiera sido para él lo mismo que abandonar el altar, al que había subido voluntariamente; interrumpir el sacrificio que había comenzado con tanto amor; anular el precioso testamento que había hecho, y que no podía ser eficaz sino por la muerte del testador; despojarse de su carácter de pontífice de los bienes futuros, y renunciar á su alta dignidad de Redentor.

Al ver al Salvador que permanece en la cruz á pesar de las provocaciones que le dirigen para hacerle bajar de ella; al ver que todos los ultrajes con que los judíos le deshonran, todas las blasfemias con que le envilecen, y todas las excitaciones que le hacen, no le separan un momento del ministerio sublime que ejerce; al ver que en vez de irritarse por tantos insultos, y de confundirles con el milagro que piden, les confundió con un milagro todavía mayor, el de una paciencia invencible, el de una dulzura inalterable y una caridad infinita; al considerar que se complace de los mismos que insultan su paciencia, cuyo misterio ignoran, y que pide para ellos el perdón, y se lo asegura, si quieren aprovecharse de su ejemplo, ¡ah! por estas señales reconocemos en Jesucristo crucificado la hostia viviente, anunciada por tantos siglos, que se ofrece por todos los hombres; reconocemos en él el Cordero divino, deseado por tanto tiempo, que se inmola por todos; el verdadero sacerdote que sacrifica por todos; el verdadero pontífice de los bienes futuros que, bajo el velo de su carne cubierta de llagas y de ignominias, entra en el santuario eterno y abre sus puertas. Nosotros reconocemos en él el verdadero mediador que se presenta en nuestro nombre ante el trono de Dios para aplacar su cólera; el verdadero testador que escribe con su sangre y confirma con su muerte el gran Testamento de los siglos, en el que la herencia y la investidura del reino eterno se aseguran á los hijos de la promesa; reconocemos, en una palabra, al verdadero Mesías, al verdadero Hijo de Dios, al Salvador del mundo. Y, por consiguiente, esta muerte, rodeada exteriormente de tantos oprobios y tantos escándalos, pero acompañada interiormente de tantos prodigios y de tanto amor, es á nuestros ojos un objeto de adoración, de alabanza, de reconocimiento y de piedad, así como es un objeto de complacencia infinita á los ojos de Dios. Por esta razón, Señor, sustituyendo la

alabanza á la blasfemia, y el homenaje al insulto, os decimos: Si, divino Jesús, porque vemos que no descendéis de la cruz, y que, despreciando las provocaciones impías de vuestros enemigos, insistís en morir en ella por nuestro amor, por eso os reconocemos como el verdadero rey de los judíos, el verdadero Mesías, el verdadero Hijo de Dios, nuestro Señor y nuestro Redentor.

Pero aun exteriormente, Jesús, aunque humillado, degradado y envilecido por la crucifixión como un criminal, manifiesta, por la virtud de su espíritu, la santidad, el poder y la gloria de Dios. En efecto; reconcentrando todas sus fuerzas, lanza de nuevo un grito vehemente: *Jesus autem iterum clamans voce magna.* (Matth.) ¡Oh muerte del Hijo de Dios, bien diferente por cierto de la de los hombres! En nosotros los mortales, la voz se pierde antes que el espíritu nos abandone. La muerte hiela nuestra lengua antes de separar el alma del cuerpo. Cuando morimos, dice San Jerónimo, nuestra voz se pone ronca, se debilita, y va disminuyendo por grados hasta que se extingue totalmente antes que exhalamos el último suspiro. Así mueren los hijos de Adán. Pero Jesucristo expira lanzando un fuerte grito, que anuncia que se halla lleno de fuerza y de vida aun en el completo desfallecimiento de su carne; habla, sí, con voz sonora, majestuosa y sublime. Así, pues, el que da su vida por los hombres nos revela con este grito que él no muere como los demás hombres; que no es un simple mortal; que si él muere, no es por necesidad, sino por su propia elección; no por la voluntad de los hombres, sino por su propia voluntad.

He aquí, pues, como este grito seguido de la muerte, anunciando que ella no había venido, por decirlo así, sino porque había sido llamada, prueba, dice San Jerónimo, que Jesús expira reinando sobre la muerte y por un acto supremo de su poder.

¡Cuán majestuoso es, pues, este grito que manda á la muerte, y á quien la muerte se apresura á obedecer!

Y ¿qué significa esta poderosa exclamación: «Padre mío, en vuestras manos encomiendo mi alma: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum?* (Luc.) ¡Oh tiernas y afectuosas palabras! Observemos que las pronuncia con los ojos elevados al cielo. El las dirige á Dios que está en el cielo; y al llamar Padre á este Dios hasta el último instante, declara, dice Boda, revela y manifiesta que es el verdadero Hijo de Dios. Al encomendarle después su alma, manifiesta una plena confianza en él y un poder igual al suyo. Quiso pues decirle: Padre mío, yo os he confiado mi causa, y ahora os confío mi alma. Yo deposito la una y la otra en vuestro seno, yo las pongo bajo la custodia



de vuestro amor. Y como mi causa, protegida por vuestro amor, será victoriosa, mi alma, abrigada en vuestro seno, me será devuelta, y así como mi nombre triunfará, así también mi vida se hará inmortal: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.*

Esta palabra dice más aún; porque tal es la fecundidad y la virtud de la palabra divina, que puede tener y tiene á un mismo tiempo muchos sentidos, que están muy lejos de excluirse mutuamente, todos los cuales los tuvo Jesús muy presentes, y todos ellos son igualmente ciertos.

En efecto; el Evangelista se expresa de este modo: «Jesús hablando de nuevo un fuerte grito: *Jesus autem iterum clamans.* (Matth.) Pues bien; es muy conveniente notar estas palabras, *de nuevo*, que San Mateo hace preceder al grito de Jesús, tanto más, cuanto que por estas palabras nos da claramente á entender, que entre estos dos gritos, los únicos que Jesús dió en la cruz, el uno cuando se quejó del abandono de su Padre, y el otro cuando le encomendó su alma, hay una relación íntima, y tienen el mismo objeto y el mismo fin. Ya hemos visto que, aunque Jesús pronunció las primeras palabras por sí mismo, se referían también á nosotros; por consiguiente, él debió dar también este segundo grito por sí y por nosotros á un mismo tiempo. Es decir, que así como en la primera exclamación pidió encarecidamente á su Padre que no nos abandonase, así en la segunda le dió gracias por haber sido oído por nosotros. Por esta razón, después de haber llamado la primera vez á su Padre: «¡Dios mío!» llama ahora á Dios: «¡Padre mío!» En la primera invocación apareció turbado; ahora se manifiesta tranquilo. Entonces dejó entrever el miedo; ahora manifiesta la confianza, la seguridad y el amor. La turbación con que acompañó su primer grito indicaba el temor de que fuésemos abandonados; la calma con que acompaña el segundo revela la alegría por habernos librado; y, por lo tanto, así como el primer grito fué el de una súplica humilde y ardiente, el segundo es el del reconocimiento y amor. Mas supuesto que, por la virtud de su oración, el seno del Padre se abrió para nosotros y sus brazos se extendieron hacia nosotros, así también en la expresión de su reconocimiento se apresuró á depositar en los brazos y en el seno de su Padre á todos los que había salvado del abandono de Dios; esto es lo que hace cuando dice: Padre mío, en tus manos encomiendo mi alma: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.*

Mas si al ofrecernos Jesús, y encomendarnos á su Padre con estas afectuosas palabras, nos ha dado una nueva prueba de su ternura, nos ha revelado también una verdad de mucho consuelo. Antes que

el Redentor muriese, antes que la sangre de esta augusta víctima fuese derramada sobre la tierra para aplacar al cielo, y nos abriese la puerta, cerrada inexorablemente á la raza de Adán, las almas más justas y más santas, al separarse de sus cuerpos, descendían al limbo, al horror de una profunda noche. Allí la luz estaba tan sólo en expectativa y en esperanza; la visión de Dios, el reposo en el seno de Dios, los consuelos de la patria eterna se diferían hasta un término ignorado.

Cuando Jesús al morir exclamó: «Padre mío, en vuestras manos encomiendo mi alma,» esto es: «En vuestras manos encomiendo las almas de mis fieles que mueren,» nos enseñó claramente, que había concluido el tiempo en que no se podía subir de la tierra al cielo, ni volar hacia Dios al dejar á los hombres, y que desde aquel instante las almas de los justos, purificadas durante la vida por la penitencia y los sacrificios del amor, seguirán cuando salgan del cuerpo el mismo camino, y llegarán al mismo término que el alma santa de Jesucristo, es decir, á los brazos y al seno de Dios.

Sin embargo, por estas palabras tan afectuosas, no sólo nos reveló el Salvador al morir lo que debemos creer y esperar, sino que también nos enseñó como debemos creer y cómo debemos orar. Del mismo modo que una madre tierna enseña á su pequeño hijo la manera con que debe hablar á su padre, así nuestro Salvador, siempre lleno de ternura para con nosotros, nos ha enseñado en esta oración el lenguaje de confianza y de amor con que debemos invocar en la hora de la muerte á nuestro Padre celestial, y poner nuestra alma en sus manos; él nos ha comunicado al mismo tiempo el valor necesario para repetir en su nombre estas mismas palabras, con la misma fuerza de su espíritu y con la misma confianza. Según este ejemplo de Jesucristo, ha adoptado la Iglesia el uso de poner esta misma súplica en la boca de sus hijos moribundos, y los santos han aprendido á repetirla en el momento supremo en que sus almas abandonan sus cuerpos. Y, en efecto, reflexionándolo bien, poner su alma al morir en las manos de Dios y repetir el tierno lenguaje del Redentor, es sustituirse á él, es poner en él toda su confianza, es unirse á su sacrificio, aplicarse sus méritos, hacer una dulce violencia al corazón de Dios, y obligarle á recibir nuestra alma en su seno, como en un asilo de paz, de seguridad y de salvación. Al salir esta palabra de la boca y del corazón del Hijo de Dios, adquirió una fuerza infinita. Ella es capaz de hacer descender abundantemente el espíritu de gracia sobre el cristiano que la repite con la misma confianza y el mismo amor con que fué pronunciada la primera vez, y con un corazón

lleno de fe y de esperanza; ella se hace un escudo impenetrable contra los asaltos del tentador, y un remedio eficaz contra los temores que atormentan en el último momento aun á las almas de los justos.

Finalmente, la encomendación de su alma que el Salvador hace al espirar, encierra aun otra advertencia muy útil. Ella nos recuerda que si Dios es nuestro primer principio, es también nuestro último fin; que él nos ha criado y puesto en este mundo, á fin de que sirviéndole durante la vida, como á nuestro único Señor, podamos poseerle en la otra como á nuestro único remunerador; que supuesto que el espíritu que nos anima, el sople divino que conserva nuestra vida, ha salido de Dios, debe volver á Dios; que así como él confió este espíritu á nuestro arbitrio, y lo puso, por decirlo así, en nuestras manos, nosotros debemos un día volverlo á poner en las suyas; que supuesto que sus manos lo formaron, sus manos deben también recibirlo; en una palabra, que nosotros debemos, durante la vida y después de ella, ser de Dios y para Dios, y repetir con el corazón y con la boca: Padre mio, en tus manos encomiendo mi alma.

¡Ay! ¿tendremos nosotros la dicha de pronunciar estas palabras con el verdadero sentimiento de una fe viva, de una esperanza firme y de una caridad ardiente? ¿Confiamos entonces el depósito de nuestra alma á las manos de Dios que la ha criado, ó á las manos del enemigo que la ha seducido? ¿Será nuestro último suspiro un acto de confianza y de amor, como el de Jesucristo, que pondrá el sello á nuestra salvación, ó será un grito de desesperación y de vergüenza interior que consumará nuestra reprobación? Al salir nuestra alma del cuerpo, encontrará un padre amoroso que la reciba, ó un juez severo que la condene? Nosotros lo ignoramos. ¡Oh terrible obscuridad! ¡Oh espantosa incertidumbre!

¡Cuán instructiva, cuán consoladora, cuán magnífica y poderosa es esta última palabra del Dios Salvador! El Señor, al pronunciarla, cumplió un misterio, reveló una verdad, nos preparó una lección, nos aseguró un auxilio, nos dió una instrucción importante, y de este modo por su muerte preciosa nos dejó los medios necesarios para hacer la nuestra igualmente preciosa á sus ojos: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

Todos los evangelistas advierten que, después de haber pronunciado Jesús estas palabras de ternura, inclinó dulcemente su cabeza adorable sobre su pecho. Pues bien, estos historiadores divinos revelan esta circunstancia, como las demás que acompañaron esta muerte singular y única, para hacernos comprender mejor su misterio, su prodigio y su magnificancia. En efecto, los hombres exhalan prime-

ro su espíritu, y después su cabeza no solamente se inclina, sino que cae y se abandona; Jesucristo, por el contrario, inclina voluntariamente la cabeza, y después expira, manifestando en esto que es dueño de todas las cosas.

¡Oh precioso movimiento de nuestro Salvador! Todo su cuerpo, sujeto por los clavos, está inmóvil sobre el altar en que es inmolado; sola su cabeza está libre; este es el único miembro que puede mover, y él la inclina con un humilde respeto sobre su pecho, á fin de hacernos conocer más y más que él da su vida voluntariamente, que acepta gozoso la muerte de manos de su Padre, que se somete á ella con una resignación amorosa, una tranquilidad profunda y una obediencia entera y perfecta: *Factus obediens usque ad mortem.*

Sin embargo, al inclinar Jesús la cabeza, no sólo acepta la muerte, sino que la invoca. No contento con haberla llamado con aquella vehemente exclamación, viéndola lenta y tímida, la anima con el semblante, porque la muerte jamás se hubiera atrevido á aproximarse á él, si él mismo no la hubiera invitado. Inclina, pues, la cabeza, y de este modo permite á la muerte ejercer sobre él el imperio funesto que el pecado le había dado sobre todos los hombres. Cede pues y abandona con gozo su preciosa vida. Además, por este último movimiento permite también al demonio que prevalezca sobre su vida para quitársela, como le había permitido prevalecer sobre su carne sagrada para desgarrarla: le permite, en una palabra, que ejerza injustamente sobre él la autoridad que ejercía con justicia sobre los pecadores, cuyo representante y cuyo Salvador es Jesucristo.

Nosotros no tenemos como Jesús el privilegio de morir libremente. Ni el tiempo, ni el lugar, ni el género de muerte dependen de nuestra voluntad. La justicia de Dios nos la envía cuando le place y cómo le place; nosotros no hacemos más que sufrirla, sin poder suspender su golpe, ni retardarlo un solo instante. Nuestra muerte, en el decreto de Dios que la estableció, no es otra cosa que un castigo impuesto á nuestra desobediencia. Mas supuesto que nuestro Redentor, al inclinar la cabeza ante la muerte, se sujetó á ella por obediencia y la aceptó libremente, varió por este mismo hecho la condición de la muerte, respecto á aquellos que se aplican el fruto de la suya. Esta es la causa porque se ve aun á los más tímidos y más débiles de entre los verdaderos fieles, á pesar de la repugnancia que tienen á la muerte, inclinar su cabeza, como una señal de su humilde resignación, y entregar voluntariamente á Dios la vida que de él han recibido. Así, pues, el verdadero cristiano, cuando muere, no es un criminal que sufre una pena á que ha sido condenado, sino un sa-

cerdote que ofrece á Dios un sacrificio voluntario y la ofrenda meritoria de su propia vida en unión con la de Jesucristo. Es un navegante que se refugia en el puerto; es un desterrado que vuelve á su patria; es un peregrino que vuelve á tomar el camino de su casa; es una esposa que sale al encuentro de su esposo; es un hijo que se duerme tranquilo en el seno de su madre. Por consiguiente, Jesucristo, con este movimiento misterioso, ha borrado el oprobio de nuestra muerte; ha disminuido su dolor; y de la pena más terrible y repugnante á la naturaleza humana, ha hecho una rica recompensa, y, por decirlo así, un triunfo, ó en otros términos, un tránsito deseado, un venturoso viaje, un dulce sueño y una redención preciosa: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

El Redentor ha dado de este modo á los hombres la última prueba de su tierno amor. La justicia de Dios no tiene ya nada que exigir, ni su misericordia más que hacer. El Padre Eterno no tiene ya nada que mandar, ni su Hijo divino cosa alguna que cumplir. Ya no falta más sino que el gran sacrificio, comenzado desde la eternidad en las entrañas de la bondad infinita del Padre celestial, y continuado en el seno virginal de su Madre en la tierra, se cumpla con la muerte del Hijo de Dios y del hombre, para reconciliar eternamente al hombre con Dios.

Sin embargo, las milagrosas tinieblas, que habian comenzado desde el instante en que el Redentor habia sido clavado en la cruz, se hacen más densas. Los ángeles de paz, que asisten á este augusto sacrificio con el recogimiento divino de una adoración profunda, se cubren el rostro de dolor y prorrumpen en amargo llanto; el altar ó la cruz, sobre que debe ser ofrecido este holocausto, tiembla; la víctima que debe ser degollada, ó la vida del Dios hecho hombre, está pronta y sumisa; el sacerdote encargado de inmolarla, ó la justicia de Dios, se adelanta; la espada destinada á sacrificarla, ó el pecado, está ya levantada; yo veo brillar el fuego sagrado ó el amor que debe consumirla. El golpe se ha dado... ¡Oh, amado Jesús de mi corazón! Su frente se cubre de palidez, sus ojos se apagan, vierte ya la última lágrima, inclina la cabeza, arroja un prolongado suspiro de caridad, y muere: *Et inclinato capite tradidit spiritum.*

¡Oh muerte bárbara é inhumana! ¿por qué quitas así de la tierra á Jesucristo que habia descendido del cielo, y que era el sostén, las delicias, el ornato y la gloria de ella? ¡Oh muerte bárbara é inhumana! ¿por qué nos arrebatas á nosotros, desventurados hijos de los hombres, nuestro padre, nuestro hermano, nuestro amigo, el compañero fiel de nuestro destierro, y finalmente nuestro Salvador? ¡Oh

muerte!... Pero ¡ay! ¿de qué nos lamentamos? La muerte de nuestro Salvador ha sido tan útil para nosotros como cruel é ignominiosa para él! Lo que en ella hemos ganado es mucho más de lo que habíamos perdido.

Si Jesucristo, después de haber agotado todas las enfermedades y todas las miserias de nuestra vida, hubiera desdeñado sufrir el terror, la agonía y los dolores de nuestra muerte, no hubiéramos podido tener en él una entera confianza. No hubiéramos podido mirarle como un pontífice verdaderamente compasivo á nuestros males, supuesto que habia rehusado experimentar el mayor de todos. Al verle impasible é inmortal, é infinitamente superior á nuestra condición, no nos atreveríamos á acercarnos á él. A pesar de su inmensa bondad, nos inspiraría más temor que confianza, más respeto que amor. Pero al verle sujeto á la condición más penosa y humillante de nuestra naturaleza; al ver como manifiesta de tal suerte su perfecta semejanza y su tierna conmiseración por nosotros, nos atrevemos á presentarnos á él, á postrarnos á sus pies sin temor, á arrojarnos en sus brazos con entera seguridad, á hablarle con la confianza más íntima y la más estrecha familiaridad como á un hermano, á nuestro verdadero amigo, á nuestro padre y á nuestro Salvador. Y, por lo tanto, la muerte de Jesucristo es también el fundamento y el motivo de nuestra esperanza y de nuestro amor.

Debemos, pues, recordarla, hermanos míos, con los mismos sentimientos que manifestaron aquellos buenos soldados y aquellos buenos judíos que la presenciaron. Por consiguiente, humillados, confundidos y afligidos por haber contribuido con nuestros extravíos, los más deplorables, á la dolorosa pasión y muerte cruel de nuestro Salvador; humillados, confundidos y afligidos por haber respondido á su ternura con el olvido de su bondad, el abuso de su gracia y la violación de su ley; humillados, confundidos y afligidos por no haber reconocido sus beneficios sino con nuestros ultrajes, y su amor con nuestro odio, debemos salir de este santo templo, y volver á nuestras casas dándonos golpes de pecho, ó al menos excitando en nuestros corazones un dolor sincero de haber sido tan ciegos, tan insensatos y tan ingratos á vista de tanto amor: *Percutientes pectora sua revertentur.* Es necesario también que procuremos, á ejemplo de los penitentes del Calvario, volver pronto sinceramente á Dios, y comenzar á vivir como verdaderos cristianos, verdaderos creyentes y discípulos de Jesucristo, que se dignó darse todo á todos y morir por todos; á fin de que, preparándonos para nuestro tránsito con una vida conforme á la de los santos, podamos alcanzar de la misericordia

divina la gracia de morir con la muerte de los justos: esta es la suerte más feliz que puede tocar al hombre, así como también el espectáculo más agradable á los ojos de Dios: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus*. Así sea.

## LAS SIETE PALABRAS

### QUE HABLÓ JESÚS EN LA CRUZ

*Multifariam, multisque modis olim  
Dens loquens patribus in prophetis, novis-  
sime dicitur ista locutus est nobis in Filio.*  
De muchas maneras y de diversos modos habló Dios en otro tiempo á nuestros padres por medio de los profetas: en estos días nos ha hablado á nosotros novísimamente por medio de su hijo.

(S. P. á LOS HEBR., c. 1, v. 1, 2.)

Dios nos amó desde la eternidad. Cuando preparaba la hermosa estructura de los cielos, cuando fijaba los fundamentos de la tierra, cuando rodeaba los mares en su término y ponía leyes á las aguas, para que no traspasasen sus limites, ya nos amaba. Cuando afirmaba arriba la región etérea y abría las fuentes de las aguas, cuando ordenaba toda la naturaleza en su prodigioso é inalterable curso, ya nos amaba. Cuando hacia nacer en los cielos una luz ineficiente, cuando embellecía los prados y llenaba de vida y de esperanza los collados eternos, cuando ordenaba todas las cosas, ya nos amaba, y eran sus delicias el estar con los hijos de los hombres. En prueba de eso, su encendido amor no dejó jamás de dirigirles su cariñosa y santa palabra en lecciones de vida eterna. Ya por medio de ostentosos y nunca vistos signos y estrellas en el firmamento, ya por las instrucciones de sus profetas, ya por las criaturas irracionales, ya por los prodigios multiplicados, ya en fin por las amenazas y los castigos,

siempre y en todo tiempo nuestro buen Dios estuvo hablándonos como en testimonio eterno de su amor. Sin embargo velaba su rostro omnipotente y se hacia inaccesible á los ojos mortales, ó con una nube, ó con el humo de un incendio, porque tenia dicho: *no me verá el hombre viviendo*; y hablaba ya en palabras simbólicas y misteriosas como en Oreb, ya en idioma aterrador y formidable como en el Sinai.

Hoy, cristianos, nos da la prueba más grande de su amor; y por eso nos habla cara á cara por medio de su Hijo Jesús, patente y descubierta á la vista de todos, entre el cielo y la tierra, desde la cátedra de su cruz, en que está, no sentado cual maestro y Dios, sino colgado de un horrendo patíbulo, fijo en él con duros, agudos y mortales clavos como en actitud suplicante, en el acto mismo de firmar su doctrina con su sangre y de sellarla con su muerte. El testamento eterno del Hombre-Dios es lo que vamos á oír; las palabras sublimes, divinas, de paz, de vida y salvación, que reconcilian al cielo con la tierra y que abren de par en par las puertas de la gloria, cerradas por el pecado más de cuatro mil años. Toda la esencia de su ley santa, todo lo más importante para la vida cristiana, todo lo más dulce y consolador que encierra el Evangelio, sale en sentenciosos y cortados conceptos de los agonizantes labios del Unigénito del Padre, en el largo espacio de tres horas que dura su terrible y mortal padecer. Horas tristísimas para toda la naturaleza, horas de lágrimas y dolor para los bienaventurados, horas de mortal tormento para la Madre santísima que está presente; pero horas preciosas y benditas para nosotros los cristianos, enseñados en ellas y redimidos por ellas.

¡Y qué enseñanza tan universal, tan fecunda en resultados para el mundo! Ella, hermanos míos, será en el día del juicio, si la aprendemos y aprovechamos, el título de nuestra gloria; y si la desatendemos cerrando el corazón á su influjo benéfico y salvador, la sentencia de nuestra eterna desgracia.

Vamos, pues, á oír cómo habla nuestro amante Jesús, al tiempo de morir, y durante su penosa y amarga agonía. Levantemos con piadoso y humilde corazón nuestra vista á ese augustó trono, en que está pendiente la sabiduría increada, y á sus pies no dejemos de contemplar á esa purísima criatura, á la Virgen madre, que también agoniza de pena con su Hijo divino. Y tú, Virgen desconsolada, alcánzanos á todos la gracia de la docilidad, y de la unión santa á mí, para que yo hable cual es debido en este asunto, y para que los fieles oigan y se aprovechen, como conviene, de las luminosas lecciones de Jesús. *Ave María*.